

Fernando Rosas y la Orquesta de Cámara de Chile en Frutillar

La intimidad de "El Mesías"

Verónica San Juan

FRUTILLAR

Carreras y ruido. El director intenta el silencio. Le cuesta, son demasiados y están inquietos por el calor. Los 120 integrantes del coro agitan sus cuadernillos de música como abanico.

Es Fernando Rosas con la Orquesta de Cámara de Chile y un coro formado por gente de Valdivia, Talca y Punta Arenas. Andan de gira por el sur y ésta es la última parada. Tienen menos de dos horas para revisar las observaciones que el músico ha anotado en unas hojas. El director lanza su última petición de silencio y el ruido de voces e instrumentos acaba.

Toma asiento en un piso alto, ese que no ocupó al dirigir a teatro lleno *El Mesías* de Haendel.

No más de diez personas asistieron al ensayo, bajo la exigencia de silencio. Empiezan los violines y los cellos y desde ahí las interrupciones (o correcciones) son innumerables: "Sin adelantarse, no salen cien por ciento juntos". Un, dos, tres, cuatro, y la mano de Rosas apunta nuevamente a los violines.

Como aprovechando el tiempo, la soprano Gloria Lehmann saca su *rouge* y recoge su pelo en un moño. Mientras, Rosas avanza dirigiendo a los músicos.

El director no es el único que denuncia errores. Hay autocorrecciones y sugerencias. Le recuerdan que "esa" nota es más larga, él lo acepta. Los del coro, casi todos de *short* y polera, siguen moviendo abanicos.

Rosas no quiere desconcentración. Quiere evitar las miradas y los *flashes* que vienen a curiosear a este mundillo y por eso pide que salgan todos. "Como estamos en un surtido de cosas muy finísimas, va-

mos a tener que cerrar la puerta. ¡Que salga el público!". Vuelve a concentrarse y avanza en el cuadernillo de las observaciones.

Ahora les toca a las voces. Se conocen hace poco y éste es sólo su quinto concierto. El director les pide que estén atentos y a la contralto Pilar Díaz le sugiere suavidad: "Tiene que ser (su voz) como una enunciación".

Vuelven los violines. Nuevamente los para, conversa y retorna al coro, sugiriéndoles: "conviertan los gloria en gloria; que la 'g' suene como 'k'; hay murmullos y risas entre los ciento veinte cantantes.

Sigue avanzando en los

movimientos. "Ah, a éste le tengo miedo". Prueban y paran; los abruma: "El coro está haciendo muchas 's'. No empiecen tan fuerte. ¡Están cortando entre una nota y otra!. En la ciudad moderna la gente también es sorda, deben hacer más matices".

AHORA CON PÚBLICO

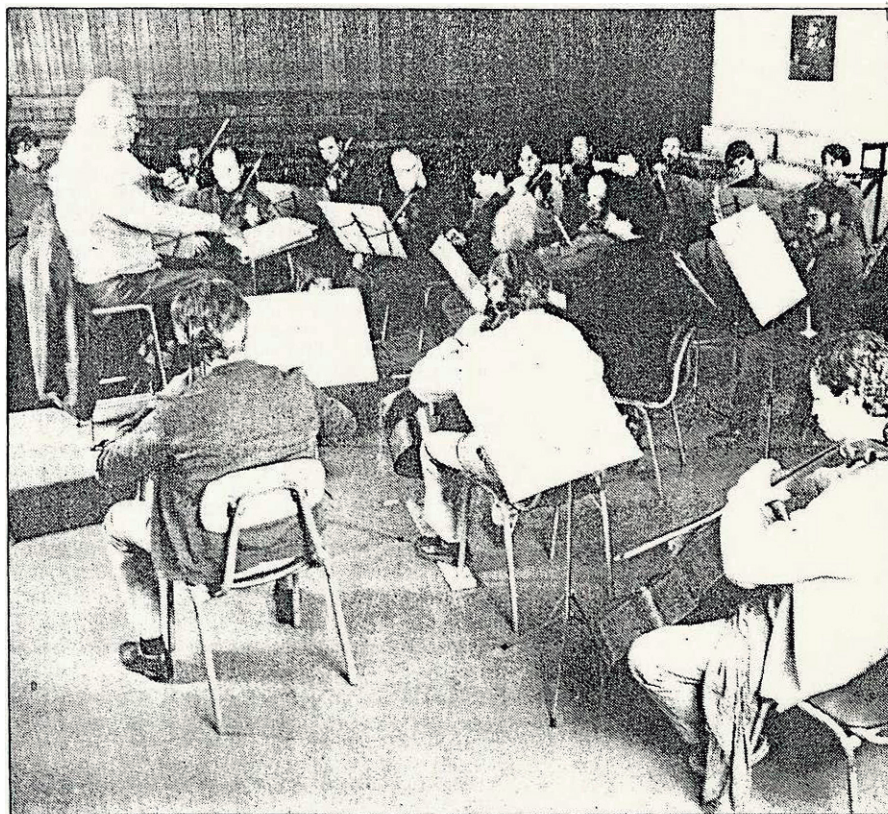
Menos de una hora tuvo el coro para vocalizar. Poco después de las ocho, *El Mesías* comienza. El momento más simbólico, el *Aleluya* en que Rosas, imitando el gesto que hizo Jorge I de Inglaterra hace una petición al público: "En homenaje al Mesías y a Haen-

del, les pido que se pongan de pie". Ni una excepción. Emocionante.

Al final de cinco minutos de aplauso sólido y algunos gritos que pedían un *bis* del *Aleluya*. Pero no lo hubo.

Los buses con motor andante los esperaban para seguir rumbo a Santiago. Rosas, apurado, dijo que estaba contento. "*El Mesías* se oye como una obra actual; no tiene la tierra de las cosas viejas", dice de carrerita y comenta ante la grabadora de las radios locales que en esta versión hubo "limpieza absoluta. Le soy franco, no oí ninguna pifia".

Las dos horas de ajuste parece que estuvieron bien.



Las largas horas de ensayo son la clave para Fernando Rosas (foto de archivo).